

Las Semillas QUE AÚN Cantan



Dedicado: Para los que, como Sumaq, siembran esperanza en tierras áridas.

El viento bajaba helado desde las montañas, arrastrando un susurro antiguo que parecían venir de un tiempo en que los hombres aún sabían escuchar a la tierra.

Sumaq, una niña de cabello negro azabache, largo y liso, caía como un río oscuro sobre su espalda morena. Sus trenzas, finamente tejidas por las manos sabias de su abuela, estaban adornadas con cintas de colores que danzan al ritmo del viento de los Andes. Risueña, se envolvía en el poncho áspero de su abuelo mientras caminaba hacia su pueblo, Hatun Wasi.

Pueblo que agonizaba en silencio. Las casas, antes alegres y pintadas con los colores del maíz y el achiote, ahora estaban marcadas por grietas tan hondas como las heridas del alma de sus pobladores. Las puertas entreabiertas semejaban bocas hambrientas, ansiosas de esperanza. Los niños ya no corrían tras las llamas ni llenaban la plaza con sus juegos, con aquellas sonrisas traviesas llenas de complicidad.

Las familias se habían ido en busca de agua, trabajo y de un futuro mejor. Quedando solo los ancianos, sentados al borde del camino, mirando un horizonte con ojos compungidos y lágrimas perdidas entre sus cicatrices de las sonrisas pasadas, que se había secado junto con las lluvias. Sin embargo, Sumaq, nuestra pequeña valiente, se negaba a marcharse.

Cada amanecer, cuando el sol acariciaba las cumbres sagradas de los apus (dioses), Sumaq descendía hasta el terreno que alguna vez había pertenecido a su madre. La tierra, endurecida por la sequía, apenas recordaba el verde del maíz creciendo alto o el peso silencioso de las papas aferrándose a la superficie.

Pero en su bolsita de tela, Sumaq aún guardaba semillas. Pequeñas y oscuras, dormían como piedras frías en la palma de su mano. Su abuela siempre le decía que cada semilla escondía un canto, un llamado a la vida que solo despierta cuando se siembra con el corazón puro.

Aquella mañana, Sumaq hundió los dedos en la tierra reseca y susurró, mientras el viento enredaba sus trenzas:

—Ñuqayku hamuqkuna kawsayta munanchik. (Nosotros, los que quedamos, aún queremos la vida).

Sembrar era creer en el futuro: un futuro sostenible.

Durante semanas, Sumaq cargó agua desde el riachuelo hasta el lugar donde reposaba la esperanza. El sol le quemaba la piel y los cachetes colorados, como si el frío de la altura y la calidez de su espíritu pelearan por quedarse en su rostro; el cansancio le mordía los huesos, pero su resiliencia no la dejaba quebrarse. Regaba los surcos como quien alimenta una esperanza invisible.

Cuando la fatiga la vencía, recordaba las palabras de su madre, dichas con voz firme cuando el mundo parecía derrumbarse:

—Mana llakichu, chaylla kawsan. (No tengas miedo, allí vive la vida).

Hasta que, una mañana, el milagro ocurrió.

Pequeños brotes verdes rompieron la tierra dura. Temblaban como polluelos recién nacidos, pero estaban allí. ¡Vivos!

Sumaq corrió al pueblo, golpeando cada puerta:

— ¡Tayta, mama! ¡Las semillas se han despertado!

Los que aún quedaban salieron a mirar con pasos desasosegados y titubeantes. Nadie habló al principio, pero algo cambió en sus ojos. Un anciano trajo más semillas que había guardado con recelo. Otro desenterró su arado oxidado. Una mujer tejió con lo poco que tenía canastas para la cosecha que vendría. Poco a poco, la chacra dejó de ser solo de Sumaq.

Y así, entre manos gastadas y corazones nuevos, Hatun Wasi despertó de su letargo, dejando atrás la sombra de la sequía.

Diez años después...

Las casas del pueblo han vuelto a pintarse de colores. Las acequias corren llenas. Los niños chapotean en el agua, mientras los mayores siembran no solo papa o quinua, sino también sabiduría. La escuela ha reabierto, y en ella no solo se aprende a leer y escribir. Ahora los niños siembran, como lo hizo Sumaq. Aprenden a cosechar, a cuidar los suelos y a respetar a la Pachamama (Madre Tierra).

En la plaza, una anciana muele maíz y junto a ella, una mujer joven muestra paneles solares que han traído aquellos que habían dejado su hogar. Aquí, el pasado y el futuro se abrazan como hermanos que se reencuentran después de mucho tiempo.

Desde la cima del cerro, Sumaq contempla su pueblo renacido, como el brote tenaz que se abre paso entre las grietas de la sequía. Un pueblo que desafió la sed impuesta por aquellos gigantes de metal y codicia, que arrancan oro y plata de las entrañas de la tierra, dejando a su paso solo cicatrices y silencio.

En el horizonte, la cordillera brilla con la luz tibia del atardecer.

Sumaq, susurra en voz baja, casi para sí misma:

—Kawsay kachkan. (La vida continúa).

El eco de Hatun Wasi —ese canto de semillas y tierra resucitada— cruzó montañas y océanos. Y en Donostia, donde el mar choca contra el cemento, algo enraizó en Eneko. Mientras desliza el dedo por la pantalla de su teléfono, sin esperar encontrar nada que

le remueva el alma. Pero entonces, una imagen lo detiene. Es un video: una joven andina de trenzas oscuras como la noche habla de su pueblo, Hatun Wasi, y de cómo, con manos pacientes y semillas antiguas, han logrado que la vida vuelva a florecer donde antes solo había grietas y silencio. Sus palabras son como el eco de una canción olvidada, algo en su voz despierta en él una inquietud que no sabe nombrar. La imagen de Sumaq sembrando con fe, en medio de la sequía, comenzó a perseguir a Eneko, le enseñaba a otra forma de mirar el mundo. Una forma en la que la tierra no era un recurso, sino un hogar. Esa misma noche, sin pensarlo demasiado, le escribe. No espera respuesta. Pero la recibe.

Sumaq le habla de la tierra, de cómo hay que saber escucharla para entender su lenguaje. Le cuenta del agua que se esconde debajo de las piedras, de la paciencia del sol cuando acaricia los surcos, de cómo el futuro se siembra con gestos pequeños. Eneko le responde desde el otro mundo: le habla de la ciudad que nunca duerme, de los rascacielos que cortan el cielo como cuchillos, de los trenes que rugen bajo la tierra, de su gente siempre con prisa, siempre buscando algo más.

— En mi ciudad, la gente ya no tiene tiempo para mirar el cielo. Solo corren, contra el tiempo que les ha carcomido el alma ..—
Escribe con pesar Eneko

Entre mensajes que cruzan océanos y fotos compartidas bajo cielos distintos, los dos aprenden el uno del otro, como dos semillas que germinan en tierras lejanas, pero bajo el mismo sol.

Pero no todos entienden esta amistad.

Los padres de Eneko fruncen el ceño. Sus amigos ríen con burla. "Panchita", murmuran con desdén, como si con esa palabra quisieran arrancarle a Sumaq su raíz, su historia, su dignidad. Le insisten en que deje de perder el tiempo, en que no se distraiga con sueños ajenos, en que su vida está en otra parte, lejos de tierras que no le pertenecen. Entre carcajadas llenas de ignorancia, se preguntan qué podría enseñarle una mujer. Y peor aún, una mujer indígena, como si su sabiduría no valiera, como si su voz no contará. Por primera vez, Eneko siente el peso de los muros invisibles que separan los mundos.

Lo sintió en las risas burlonas de sus amigos cuando hablaba de Sumaq. Lo sintió en la incredulidad de sus padres cuando mencionó la sabiduría de los pueblos indígenas. Pero nunca lo había sentido tan real como ahora, mientras veía a su abuelo enfermar, primero fue solo un malestar, luego fiebre, y después, el aire se volvió insuficiente. No había médicos suficientes ni camas en los hospitales. Solo había silencio, miedo y un hospital desbordado. Escuchaba las noticias de una enfermedad que se extendía sin control, nacida de un planeta enfermo, de un aire envenenado y de aguas corrompidas.

Allí estaban los muros. Invisibles, pero letales. Muros entre quienes ven la naturaleza como algo que debe dominarse y quienes entienden que somos parte de ella. Muros entre quienes creen que el progreso es destruir y quienes saben que es crear en armonía.

El abuelo de Eneko no sobrevivió. Como muchos otros, fue una víctima más de un mundo que había ignorado demasiadas advertencias. Los días siguientes transcurrieron en una extraña pausa en la vida de Eneko y en el mundo. Su ciudad, como tantas otras, se apagó. El murmullo del tráfico se desvaneció, los trenes dejaron de rugir bajo la tierra. Las calles estaban vacías, familias enteras esperando que la enfermedad no tocara su puerta.

Mientras la humanidad se encerraba y el dolor de Eneko le retorció el alma, la naturaleza avanzaba. El cielo, antes ahogado en una bruma gris, mostraba ahora su azul prístino. Los ríos reflejaban el sol como espejos líquidos, y los animales, sin miedo, retomaban su danza en los caminos que alguna vez fueron suyos. Paradójicamente, mientras el mundo humano agonizaba, la Tierra respiraba.

Una tarde desde su ventana, Eneko recordando los momentos que vivió con su abuelo, vio algo que le heló la sangre y, al mismo tiempo, le llenó de asombro: un venado caminaba por las calles vacías, con la elegancia de quien siempre debió estar allí. Por primera vez, en medio de su dolor, entendió lo que Sumaq intentaba decirle.

Tomó su teléfono y la llamó, temeroso del rechazo, pues no solo el mundo se había cerrado, sino también él mismo en su propio dolor.

—Los muros... —susurró, sin saber cómo expresar lo que sentía—. Nos han separado tanto tiempo que no nos dimos cuenta de que nos estaban asfixiando.

—Los muros son como piedras en el campo, Eneko. Se rompen con raíces y paciencia. Aquí, la tierra es madre y la tierra es vida. No es cuestión de máquinas, sino de escuchar el susurro del viento. Sin ella, no existimos—respondió Sumaq, con la misma certeza con la que hablaba a la tierra—. Y cuando caigan, algo nuevo puede crecer.

Esa noche, entre palabras que cruzaban océanos, hicieron un pacto. No sólo sanarían sus tierras. Sembrarán algo más grande: un mundo donde la innovación y la tradición se den la mano, donde la sabiduría ancestral fuera la raíz de un mundo nuevo.

Y así lo hicieron.

Con el tiempo, Hatun Wasi y Donostia florecieron. Sumaq enseñó a su pueblo a compartir sus conocimientos con el mundo. Eneko transformó la ciudad gris en un lugar donde la vida volvía a encontrar su espacio, sus padres y amigos se unieron a la causa, entendiendo que sin el Pachamama no somos nada. Y poco a poco, los muros invisibles que alguna vez los separaron comenzaron a derrumbarse. Con el tiempo, el mundo entendió que progreso y naturaleza no eran opuestos, sino ramas del mismo árbol. La tecnología dejó de ser enemiga de la tierra y comenzó a caminar a su lado.